

DEMOCRACIAS ILIBERALES

liberal Democracies *

CHANTAL DELSOL
Université Paris-Est Marne-La-Vallée
<http://www.chantaldelsol.fr/>

Anales de la Cátedra Francisco Suárez
ISSN: 0008-7750, núm. 53 (2019), 339-343

El despliegue casi generalizado de las democracias iliberales en el centro de Europa es inquietante. La mayoría de esos países (Polonia, Hungría, República Checa, Eslovaquia) están afectados pero, en esos mismos países, abundan los partidos extremistas, además de los que están en el poder. En Eslovaquia, hay varios partidos nacionalistas, algunos de ellos muy radicales. En Hungría, el partido Jobbik deja a Orban por moderado. El fenómeno es amplio y profundo. Como consecuencia, aumentan las disensiones entre la Europa occidental y la Europa central. La incompreensión viene de lejos y no lo habíamos advertido.

Después de la caída del Muro de Berlín, las sociedades de la Europa central, que habían permanecido durante un tiempo tan largo apartadas de todo en un tiempo detenido, descubrieron en el Oeste un paisaje mental y espiritual completamente nuevo: el de la postmodernidad. El proceso de la mundialización ha devaluado el amor a la patria, convertido en un egoísmo asustadizo —hay que ser un ciudadano del mundo—. La mundialización responde a una perspectiva universalista que tiene las identidades por obsoletas, como algo ya archivado o como folklore. El culto a los héroes, y el heroísmo en general, pertenece al pasado. La cristiandad, como una sociedad inspirada en los principios cristianos, está muerta. Las costumbres comunes, en consecuencia, solo tienen que obedecer a las demandas de la libertad individual y de la viabilidad técnica; de ahí las reformas llamadas societarias. Estas nuevas certezas, y otras más, han nacido en el terreno del rechazo a cualquier guerra futura, de la sociedad de mercado, de las decepciones ideológicas y del cosmopolitismo resultante de la globalización. Desde la segunda guerra, el paisaje mental de la Europa occidental ha cambiado por completo.

* Traducción de Manuel Escamilla Castillo. Para citar/citation: Delsol, Ch. (2019). Democracias iliberales. *Anales de la Cátedra Francisco Suárez* 53, pp. 339-343.

Pero las sociedades de Europa Central muestran celo por sus identidades amenazadas. Salidas del totalitarismo comunista, necesitan extraer las lecciones de la historia y perpetuar la memoria de los héroes en la sombra, de quienes antes estaba prohibido hablar. No soportan el hecho de que la mundialización ponga en peligro sus culturas, que fueron las únicas salvaguardias en tiempos de opresión. Están más vinculadas que nosotros a la religión fundadora, de la que han conocido más su martirio que su crepúsculo. En otras palabras, cuando, en el cambio de siglo, se ven confrontadas con la mentalidad posmoderna de los europeos del oeste, en ellas, el asombro riñe con el rechazo.

Debe tenerse en cuenta otro fenómeno. La Europa del Oeste, al tiempo que organiza las instituciones comunes y percibe con asombro la mentalidad retrasada de estos fantasmas del pasado, no intenta comprenderlos en modo alguno, y menos aún se pregunta si no tienen nada que enseñarle. Al estar a la vanguardia del progreso, viene a ofrecer su ayuda para arrumbar todas esas antiguallas. Y cuando se topa con rechazos, que no le faltan, se enfurece. De modo tal que la actitud típica de Europa del Oeste hacia la Europa central sería como decir: “con todo lo que hacemos para ayudaros, y con todo el dinero que se os da, resultáis muy ingratos al rechazar nuestras directivas”. Después de una veintena de años, la actitud del Oeste es de desprecio y disgusto. Lo manifiesta la crisis de los refugiados. El Oeste sermonea a la Europa central, le da lecciones del vivir bien, proponiéndole como modelo la Alemania que abre sus puertas de par en par. Pero la lección se entiende al revés: para las sociedades de Europa central, el multiculturalismo no es un principio moral, sino más bien una renuncia, perjudicial, a sí misma. La Europa del Oeste y la Europa central hablan, la una y la otra, de los *valores* de Europa a los que están vinculadas. Sin embargo, no son los mismos valores. La Europa del Oeste piensa en el multiculturalismo, en el universalismo y en el mundialismo, en la sociedad de mercado. La Europa central piensa en la identidad cultural, en la espiritualidad, en el heroísmo. Difícilmente pueden llegar a entenderse.

Creo que este choque del encuentro con una mentalidad postmoderna que se ha vuelto obligatoria (que, en cualquier caso, se ha puesto como condición para el retorno a la casa común), ha sido la razón de los llamados *populismos*. Por razón de todos estos decenios robados por el comunismo, ellos y nosotros no somos contemporáneos. Los occidentales miran hacia el Este y dicen: “Estas gentes están retrasadas”; las sociedades de Europa central miran hacia el Oeste y dicen: “Estas gentes son unos suicidas”. En otras palabras, estos países sienten la terrible impresión de que, cuando finalmente han regresado a casa después de decenios trágicos, han encontrado el hogar desfigurado y contradiciendo lo esencial. Ya no

es “el Occidente secuestrado” (Kundera) sino el Occidente infiel y decepcionante.

Los pueblos de Europa central están unidos a su cultura como ningún otro, porque ella ha sido la única que ha permitido que la sociedad sobreviva sin un Estado. Por eso es por lo que no hay sociedades más opuestas al multiculturalismo que esas. A propósito del populismo del centro de Europa, se ha hablado de “inseguridad cultural” (Laurent Bouvet, Christophe Guilluy), y es eso exactamente. Con su perspectiva, el multiculturalismo supone el fin de la sociedad a corto o largo plazo, porque habrá perdido su vertebración existencial. No debemos creer que, a la inversa, las sociedades occidentales no estén interesadas en su propia cultura, pero es que creen que es indestructible por naturaleza, por ignorancia de su pérdida. La idea trágica de la nación “que puede morir, y que lo sabe” (Bibo, Kundera), evoca una noción orgánica, etnocultural, de la nación, mientras que en el Oeste tenemos una concepción contractual y liberal de la nación. De ahí que se trate de una forma de nacionalismo que suena, a la vez, obsoleta y peligrosa para los occidentales; la reclamación de una “Europa de las naciones”; el discurso de un patriotismo económico y una crítica a la invasión por los capitales extranjeros; una recusación del relato cultural de la Europa occidental, “relato histórico de la vergüenza”, fundado en la culpa por los errores y los horrores, y una demanda, por el contrario, de la rehabilitación de los héroes. De ahí los malentendidos: “cuando os hablamos de justicia histórica, vosotros nos habláis de fondos europeos” (Kwasniewski). Se comprende por qué la acogida de inmigrantes en masa por los países occidentales les parece, en el mejor de los casos, lo que los cristianos llaman explícitamente una “caridad fuera de lugar”; y, en el peor, un “suicidio ritual” en palabras del presidente eslovaco Robert Fico. La retórica alemana que considera normal reemplazar, en las fábricas, los brazos que faltan en el país por los brazos de los inmigrantes, les parece sorprendente: un hombre no se reduce a sus brazos; es portador de una cultura a la que defiende, y con razón.

Purgas en los medios y neutralización de los contrapoderes, voluntad de revisar las constituciones: los gobiernos iliberales nos explican que incluso en un régimen de libertad, la libertad tiene límites —creen que estos límites se han traspasado y superado en las democracias occidentales y en la Unión Europea—. Para ellos, la libertad tiene límites en la economía; por lo tanto, es necesario promover, contra la mundialización, un patriotismo económico. La emancipación del individuo tiene límites; por lo tanto, es necesario moderar las reformas llamadas “societales”. Esta crítica del liberalismo en varios niveles se opone frontalmente a la opinión dominante en Europa occidental, liberal y libertaria a la vez (E. Macron en Francia,

A. Merkel en Alemania), que se presenta a sí misma como un hipercentro. Este centro, mundializado, liberal y europeo, es descrito por las democracias iliberales como la base de una ideología que no da su nombre. La TINA (“there is no alternative”) ha causado un gran daño en las mentes de Europa Central. Pretender que después de medio siglo de totalitarismo, no podrían elegir el tipo de sociedad puesto que estaban obligados a aprobar la corriente principal, los sumergió en un furioso estupor. Las democracias iliberales significan: hay una alternativa a la inmigración inevitable, a las reformas sociales impuestas por el Progreso, a la mundialización financiera. Son raras las veleidades de salir de la UE, pero A. Kwasniewski dio la salvaguardia al grupo de Visegrado para “un plan especial de acciones concertadas contra Bruselas”. Estos movimientos no quieren abandonar la Unión, sino reformarla en profundidad, en particular devolviendo a los Parlamentos nacionales sus poderes.

Llega a ser casi deshonesto dar, como única causa de estos regímenes, el atraso económico o la infra-educación —en Hungría o en Polonia, una gran parte de los estratos urbanos e instruidos los tienen ambos—. También es erróneo afirmar, como algunos han hecho, que lo que hay son acritudes en las generaciones sacrificadas por el ex-comunismo, y que las nuevas generaciones barrerán todo esto: en estos países, los jóvenes votan masivamente a los partidos populistas y de extrema derecha.

En general, estas corrientes tienen intenciones radicales y extremistas, por exasperación contra un mundo que se les quiere imponer. Sin embargo, resulta improductivo tratarlos como imbéciles simplemente. Existe una visión del mundo, además de la brutalidad propia de un cíclope, detrás de las corrientes llamadas populistas. Existe ahí, probablemente, la demanda de una revolución conservadora, la que combate el materialismo, la decadencia de las costumbres, el universalismo excesivo, para defender el enraizamiento, la espiritualidad ética y las identidades. Las sociedades de Europa central se están rebelando contra una cierta modernidad que la Unión Europea quisiera imponerles.

El término “democracia iliberal” designa un gobierno democráticamente elegido que restringe la libertad. Pueden detectarse en todo el mundo las llamadas democracias iliberales, desde la Rusia de Putin hasta algunos países del Oriente Medio o de África. Se trata de sociedades que no se han beneficiado históricamente de una cultura de libertad, y que han cazado al vuelo el sistema democrático ya sea por mimetismo, o bajo la presión de los occidentales (siendo ambas posibilidades difíciles de diferenciar). Cuentan con gobernantes elegidos pero también con una cultura de sumisión y opresión. En los países de Europa central, se trata de gobiernos electos que recusan el “liberalismo” posmoderno en todo el sentido de la palabra.

¿Deberíamos ver aquí el anuncio de un punto de inflexión en la historia de nuestras mentalidades? ¿O bien un cáncer que las oposiciones locales (actualmente en proceso de desobediencia civil) conseguirán erradicar?